

A black and white photograph of Anne Sexton, a poet, speaking at a podium. She is wearing glasses and a dark jacket with a light-colored collar. Her hands are visible in the foreground, gesturing as she speaks. The background is dark.

profanos y grafiteros

Going postal:
una conversación
epistolar con Anne Sexton

Verónica Bujeiro

La poeta Anne Sexton, en un auditorio de la Universidad de Harvard en marzo de 1974. (Fotografía: Donald Preston / The Boston Globe via Getty Images)

I was trying my damndest to lead a conventional life... But one can't build little white picket fences to keep the nightmares out.

ANNE SEXTON

Dear Ms. Dog:

Nunca he escuchado a las teclas de la máquina llamarme por mi nombre. Y como no sé cómo invocarte decidí escribirte unas cartas. Espero no te moleste.

Me encuentro ahora bajo el predicamento de hablar de ti y no quiero caer en el vicio de sacar nuevamente a la luz esos pecados de tu enfermedad, pero tampoco, creo, debo limitarme a aquello que corresponde a tus letras. Bien lo sabemos, esa línea que regularmente separa la literatura de la vida en tu caso no existe. Por ello resolví hablar contigo como si fueses el personaje de una novela. Pienso que quizás a ti también te gustaría. Una vez dijiste que desde niña te habría gustado vivir dentro de un cuento o en un lugar en donde constantemente pudieras cambiar de disfraz, porque así te sería más sencillo comprender la realidad.

Y tal vez esa madre loca, el ama de casa sediciosa, la bruja lúbrica que taladra los oídos con sus confesiones intestinas, la vidente de su propio destino o la suicida confesa son meros disfraces de una representación en donde nadie pudo dejar de mirarte.

No sé qué pensarían de eso tus doctores, quienes se inclinan más a la explicación lógica que a la fantasía, pero hay que recordar que ellos mismos te crearon un relato digno de los anales del doctor Freud. El de paciente fue uno de tus grandes roles, sin duda.

Me mata de risa la controversia en la que te puso el doctor Martin, cuando le dijiste que además de madre sólo podrías verte como prostituta. ¡Qué audacia de tu parte! Una amita de casa americana, con su hogar bien puesto y sus niñas rubiecitas diciendo semejante blasfemia para la sociedad. Pero lo peor fue el revés que te puso el galeno: “¿y por qué no mejor dedicarse a la escritura?”.

Algo sabía ese doctor Martin acerca de lo que pasaba por tu cerebro, lo encontraba fascinante aun en tu condición inquieta de animal feral, bruja no señalada, “con sus doce dedos, enajenada”.

En viajes de pentotal sódico patrocinados por este matasanos descubriste que detrás de la madre, la esposa y el ama de casa se escondía un ser humano. Todo un hallazgo para la época, puesto que de ti no se esperaba más que el trabajo y ese preciado fruto de tu vientre, mismo que despreciaste al salir de tu horno mágico

como a esas muñecas que tuviste de niña porque se parecían a ti.

El conflicto con la realidad y esas voces internas siempre te representarían un drama. ¿Cómo habrías de llevar a costas el personaje de la madre y la bruja en el mismo cuerpo? El vacío de la hoja en blanco y los fantasmas acústicos te guiaron fuera de ti y de todo lo demás. La paciente pasó a analizarse a sí misma.

Quizás te preguntes el porqué de estas cartas y no sé si pueda responder. Preferiría dejar en secreto aquello que nos une. Si no te molesta.

Sincerely yours...

In namig you I named all the things you are except the ditch where I left you once... while I sailed into madness.

CARTA DE ANNE SEXTON A SU HIJA JOY, 1964

Dear Ms. Dog:

Disculpa la tardanza entre una carta y otra, pero (existen) demasiados distractores para tratar de encontrarte. Sé que tu verdad está en los poemas, pero el morbo y la curiosidad me han ganado. He leído el libro de tu hija.

Es curioso que en una biografía otro sea el personaje principal. Habrá que entender el abandono y la fea rivalidad que debió soportar contra tu máquina de escribir y la lasciva energía que te habitaba el cuerpo. La trama que vende el libro es el abuso sexual que le infligiste. Una declaración que desde entonces ha empañado tus letras, sin lugar a dudas.

Resuena la tan discutida noción de entender a un autor por su vida y no su obra o peor aún, juzgarlo mediante ella, una estrategia que francamente no me apetece.

Tu vida bien pudo ser un drama griego. Termina mal. Pero es pronto para abordar esas cosas. Más tarde te contaré mis propios planes al respecto.

Volvamos a tu hija... (Lo siento.)

Sobre sus letras medianamente bien ejecutadas, habrá que culparte por hacer de la confesión un estilo.

Pero habrá que decir en tu favor que en tu mirada siempre existía el detalle que venía a salvarnos de lo meramente ramplón. Una cualidad que por desgracia no dejaste como herencia, “mamita querida”.

Lejos del escándalo aquel, tu hija se encuentra dividida entre llamar tu atención y sopesar el invisible lastre de ese cuarto mandamiento bíblico que nadie pone en duda. “Honrarás a tu padre y a tu madre”, silbido inconsciente al que respondemos naturalmente y del que aun el terapeuta más avezado no puede apartarnos.

El grito de auxilio de tu hija recuerda a los poemas dedicados a esa madre ausente y maliciosa de cuyo horno emergiste, solidificando la alianza en esa cadena de desafectos. En realidad, si lo vemos de lejos, el tema es fascinante. Quien es madre o hija sabe de esos esteros violentos del conflicto entre el amor y el odio. Los griegos nunca tocaron el tema, seguramente no lo comprendían.

Como el personaje de madre no tengo que decirte lo que ya sabes: eres el monstruo de la película. Seguro ríes por ello y desde tu no lugar has descartado a todas las actrices que han querido interpretarte.

Nunca pudiste aspirar a la “madre del año”, es el claro mensaje que nos deja el libro.

La verdad no sé si he perdido mi tiempo.

Prometo que la próxima vez me centraré en cosas menos subjetivas.

Kind regards...

I'm often being personal but I'm not being personal about myself

ANNE SEXTON

Dear Ms. Dog:

Al comenzar este mensaje pensé en los viejos tiempos, cuando uno mandaba cartas a los personajes de la televisión. Ahora me siento como la niña que escribe una misiva en secreto para el personaje más odiado del programa. Con horror y fascinación pienso en tus

doce dedos sobre la Corona Smith, en tu cara deforme y distante a esa modelo de catálogos que fuiste en tu juventud, defenestrando colilla tras colilla, tomándote una copa y abriendo las piernas ante la página.

Y es que, pese a tus logros y popularidad, nunca fuiste el personaje consentido. Muchos criticaron tu rechazo ante el disfraz de la metáfora y te señalaron bajo la acusación de no ser más que un remedo del “Querido diario” brutal, lascivo y cínico. Pero nunca te importó, los sobrevolvaste en tu escoba, tirándoles polvo de *Thorazine* en el café.

Sobre la página queda la evidencia que tu “yo” fue sometido a una especie de alquimia en la que lograste transformar al ama de casa en autora y más tarde en el personaje de su propia fantasía: la bruja del cuento o la enferma de lucidez que buscó a dios sin encontrarlo. Construiste tu propia mitología, una en la que no existieron los finales felices. Tal y como ocurre en la realidad.

“La palabra es la copia en sonidos de una excitación nerviosa”, dijo Nietzsche, y en tus páginas se puede constatar el control que tuvieron las letras al tolerar tu ansiedad. La vibración nos alcanza.

Escribo esta carta y veo mis manos. Busco un hechizo para obtener dos dedos más frente al teclado.

Espero que un sueño me digas cómo lograrlo.

Yours truly...

...suicides have a special language. Like carpenters they want to know which tools. They never ask why build.

WANTING TO DIE, ANNE SEXTON

Dear Ms. Dog:

Ha llegado la hora de tocar aquel tema de tu final. No te preocupes, no busco respuestas. No me gustan los lugares comunes. Sólo me pregunto ¿quién fue el responsable de contar los detalles? Ya sabes, el vodka

en la mano, el abrigo de pieles de tu madre (el mismo con el que dijiste no saber qué hacer), la radio prendida en ese Cougar rojo 67 que te compró el Pulitzer y en el que nadie pudo ver un glamoroso ataúd. Hay tal hechizo en la meticulosidad de la escena que no sé si alguna revista de moda se haya encargado de recrearlo.

Pero no eres la única, eso es verdad. La mayor parte de los escritores tienden a disponer cuidadosamente los detalles en sus actos de despedida. Tan sólo hay que pensar en la grandilocuencia heroica de Mishima o en el menester maternal de tu propia amiga Sylvia (la ladrona) con sus vasos de leche y pan tostado antes de zambullir la cabeza en el horno o las piedras en el abrigo de Virginia. Tres ejemplos que han sido recreados con grandiosidad en el cine. Pero el tuyo aún no ha encontrado lugar bajo los reflectores.

En realidad el motivo de estas cartas es que estoy por comenzar un proyecto artístico llamado “Las últimas escenas” y he decidido que voy a representar tu papel. En lo que respecta a lo físico no tenemos nada en común, pero prometo que en el interior puedo serte lo más fiel posible. Pensando en abordar tu personaje es que te he estado estudiando.

Lejos de entender tu acto final bajo la luz de la explicación pseudocientífica, pienso en ti con el poder de un autor que se negó a que otro escribiera su final. Aunque sería inocente no ver también que estabas enferma de tanta claridad. La tarde en la que te entregaste a esa nube de monóxido seguro mantuviste los ojos abiertos.

Nunca te convencieron los finales de los cuentos, tenías que escribir el tuyo.

No puedo decirte más.

Llevo días invadida por tu vida y tus ideas. Estoy esperando que me susurres al oído alguna nota para considerar dentro de la escena.

He conseguido el abrigo de pieles. Ahora mismo escribo esta carta con él puesto. Aguardo en silencio tu respuesta.

Always yours... 